

La canción de guerra y muerte del duque don Manuel en el cerco de Buda

Pedro García Martín
pedro.garcia@uam.es

Colección: Archivos Mediterráneo, Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 08/07/2014
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Descripción

Resumen:

La muerte del joven duque de Béjar en el cerco de Buda, en Hungría, evocada a través de una carta a su madre en la que le cuenta las acciones bélicas de la noche anterior a su escritura, con la inmediatez de la literatura de avisos, de la información o de la frontera.

Palabras Clave

Sitio de Buda, Hungría, guerra contra el Turco, Belgrado,

Personajes

Manuel de Zúñiga duque de Béjar, marqués de Villena, duque de Lorena, duque de Baviera, Bajás de Temisburg, Gran Baradin y Erla, Bajás del Puente de Sex, Alva-real y Cinco Iglesias, general Rumble, Conde Serin,

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** manuscrito
- **Procedencia:** Biblioteca Nacional de Madrid
- **Sección / Legajo:** *Manuscritos*, sig. R/31.473(10), fols. 154-157v
- **Tipo y estado:** carta
- **Época y zona geográfica:** Eurasia, siglo XVII
- **Localización y fecha:** Buda, 6 de julio de 1689
- **Autor de la Fuente:** Manuel de Zúñiga, duque de Béjar



Sepulcro de don Manuel de Zúñiga en Béjar.

La canción de guerra y muerte del duque don Manuel en el cerco de Buda

“Está ardiendo su bandera en medio del enemigo y se lanza en pos de ella... Pero ahora, cuando todo vuelve a cerrarse en torno, los dieciséis sables curvos que saltan sobre él, destello a destello, son una fiesta... La primavera siguiente (llegó triste y fría) cabalgó despacio hacia Langenau un correo del barón de Pirovano. Allí vio llorar a una anciana”.

Rainer María Rilke: *La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke*. Praga, 1904.

El espíritu de guerra santa contra el infiel, la fe militante del noble católico, se conservaron vívidas mientras el Imperio otomano supuso una amenaza para la Cristiandad. Por eso, entre los hechos de armas anotados en la *Relación verdadera y compendio historial, en que se comprehenden todos los sucesos de la Guerra que los Turcos han hecho contra la Cristiandad...*, figura la canción de guerra y muerte del duque de Béjar don Manuel.

Apenas hoy una tumba más, que ensabanada por ortigas silvestres, duerme en el limbo del camposanto de San Miguel. La memoria de un cruzado moderno.

Unos meses después de estos sucesos luctuosos, en el año de 1689, Julián Izquierdo Flores y Hermosilla publicó su *Historia de las revoluciones de Hungría*, editada en la madrileña imprenta de Julián de Paredes. En sus tomos desencuadernados se describen las campañas de los coaligados católicos contra los ejércitos otomanos libradas en los frentes de Hungría y Transilvania. El autor tuvo a bien la delicadeza de dedicar el tercer volumen al Duque de Béjar, a la sazón don Juan Manuel Diego López de Zúñiga, *in memoriam* de su padre recientemente muerto en combate franco los infieles.

De resultas, nos aprestamos a reconstruir los sucesos castrenses acaecidos en la Europa danubiana a fines del siglo XVII, donde cristianos e islamitas dirimieron la sempiterna guerra por ensanchar la frontera entre civilizaciones: el frente militar y político; la trinchera confesional y cultural.

Sin embargo, no nos interesa tanto el relato de los hechos, como hilar un discurso en torno al modelo del noble católico, del militante de fe que da su vida por la cruz y la corona en una época ya moderna. Un ensayo arropado por algunas muestras señeras de la literatura épica de heroísmos

marciales y esperanzas gloriosas. Una epístola de guerra y muerte del duque don Manuel recordado ante su “santo sepulcro” desvencijado.

El escenario de partida se sitúa en el teatro de operaciones de la expansión otomana desplegado desde los Balcanes hasta Centroeuropa. La dinámica de las llamadas "guerras turcas" por la historiografía occidental habían llevado a los ejércitos del Gran Visir Kara Mustaf a asediar Viena en el año 1683. La defensa de la ciudad a cargo de las tropas mandadas por el austríaco Radiguer Von Starhemberg, el polaco Juan Sobieski y el lorenés Carlos V, había conseguido sacudirse la tenaza musulmana.

En ese lapso, se creó una Santa Alianza patrocinada por el papa Inocencio XI, quien resucitase el antiguo espíritu de cruzada para la ocasión. La contraofensiva recayó entonces sobre los soberanos aliados. En la empresa de Buda, culmen de la reconquista húngara, morirá nuestro duque de Béjar.

Sin embargo, tras ese punto de inflexión, las victorias cristianas obligarán a replegarse a las huestes otomanas más allá de Belgrado. Es el momento en que los paladines católicos asisten en la dieta imperial de Presburgo al nacimiento de la doble monarquía austro-húngara. Un nuevo Imperio que coronaba las sienas de la rama centroeuropea de la casa de Habsburgo. Un proceso de frágil equilibrio que fijará las reglas del juego geopolítico en la región hasta la Primera Guerra Mundial.

La hoja de servicios de nuestro don Manuel de Zúñiga es coherente con su condición de militar y supone el canto del cisne del hábito cruzado en los estados confesionales. El duque de Béjar había ingresado a edad muy temprana en la infantería española y, mientras la administración de sus estados corría por cuenta de la duquesa madre, en calidad de maestro de campo dirigió un tercio en el conflicto larvado de Flandes.

Desde los Países Bajos se incorporó al ejército de príncipes cristianos coaligados frente al repetido avance turco en dirección a Viena. Una vez en el campo de batalla, don Manuel se encuadró en las unidades mandadas por el marqués de Villena y por su superior el duque de Lorena. En el sitio de Buda, pues, ejecutará las hazañas de sus postrimerías.

Sin embargo, hacía más de un siglo que la aristocracia europea había adoptado nuevas estrategias para proseguir la cruzada exterior contra infieles, y aún la interior frente a herejes. Sólo los caballeros de Malta libraban en el mar Mediterráneo una guerra tradicional y permanente contra el enemigo musulmán.

En el resto de las órdenes militares, y más aún en las de caballería, las cosas habían cambiado, dejando mucho que desear la vocación guerrera. La consecución de un hábito, que no siempre llevaba aparejado el disfrute de una encomienda o de una renta, interesaba no tanto por su granjería tributaria, como por garantizar la pertenencia a un estado privilegiado y su

prestigio social añadido. La cruz bordada sobre el pecho, obtenida tras sustanciarse un largo y costoso expediente, libraba a quien la llevaba de toda sospecha acerca de su limpieza de sangre, disipaba cualquier duda sobre el ejercicio de oficios viles y mecánicos.

El caballero demostraba así la honra de sus apellidos y el honor de ocupar el puesto adecuado dentro de la jerarquía estamental de la sociedad querida por Dios. Para colmo de parabienes, don Manuel pertenecía a la institución sólo reservada a los miembros de la realeza y a los grandes de los reinos cristianos, como era la elitista orden del Toisón de Oro.

Por tanto, desde la función castrense del noble feudal hasta la representación simbólica de los siglos modernos, se había producido una adecuación de los caballeros a los nuevos roles meritorios que les depararon los regímenes autoritarios. Unas funciones de poder que mudaron en el tránsito del imperio a la monarquía católica. De ahí que la empresa del bejarano se nos antoje aventurera si la comparamos con la actitud de sus pares y justificada por la vocación marcial del protagonista.

En esta tesitura, la carta postrera del noble marqués, se inscribe en el género épico de la literatura de guerra que viene rebrotando en Europa desde la *Iliada* homérica.

Y las cosas que tiene la historia. Un par de siglos más adelante, el poeta Rainer Maria Rilke escribió una de sus obras primerizas, titulada *La canción de amor y muerte del alférez Christopher Rilke*, inspirada en un antepasado suyo que cayó en el frente húngaro en 1663. La idea le sobrevino al heredar unos papeles familiares que daban noticia de un antepasado que murió peleando en el siglo XVII en la guerra contra el turco. A la manera y en el sitio que tuviera su final trágico de don Manuel. Pues como éste, en la víspera de la batalla, ante el redoblar de tambores y la algarabía de la tropa, los combatientes sintieron que:

"...al anochecer le tienden faroles, extraños: vino, brillando en cascos de hierro. ¿Vino? ¿O sangre?... ¿Quién puede distinguirlo?".

La misma incertidumbre que apesadumbró al autor cuando compuso este poemario pensando en su musa Lou Andreas Salomé. La duda que disiparon los millones de lectores que en las dos Guerras Mundiales hicieron de este libro la esperanza versificada de su propio destino. Allá donde los sentimientos se erizan ante la cercanía de la muerte.

Aunque el duque de Béjar se nos muestra más prosaico en sus escritos. De manera que abunda en los pormenores bélicos, contraponiendo el armamento y la tácticas de los cristianos que intentan abrir brecha en la plaza, a la defensa a ultranza de los turcos, alfanjes y manguales en ristre, a quienes les interesa ganar tiempo a la espera de la llegada de refuerzos.

No iba a ser tan fácil la empresa. De ahí, que junto al derroche de valor de estos militares católicos, a más de uno se le pasaría por la cabeza explicar su encrucijada vital como Italo Calvino puso en boca de *El caballero inexistente*, cuando le preguntó Carlomagno:

- “¿Y cómo os las arregláis para prestar servicio, si no existís?
- Con fuerza de voluntad -dijo Agilulfo- y fe en nuestra santa causa!”.

Es esa fe en la causa la que motiva la carta misma del amanuense don Manuel. La confianza en la salvación y la victoria en las manos de Dios. El efecto de la ideología cruzada que lleva a los más arrojados de los caballeros occidentales a dar su vida por la cruz, a despecho de los peligros, al socaire de la lejanía de sus moradas. En una gesta que cantan los versos de Rilke:

"Cabalgar, cabalgar, cabalgar.
Y hemos cabalgado tanto.
Así que debe ser otoño.
Al menos allí donde tristes mujeres
saben de nosotros".

Mas la Dama Negra siempre acecha en los frentes de batalla que en el mundo han sido. Y el caballero bejarano, como todos los combatientes saben que "su nombre está al término de su viaje", intuye la cercanía de su guadaña inaplazable. Por eso escribe con fruición y ruega a los “curas de las almas” de sus estados para que canten misas por su espíritu a Nuestra Señora del Carmen. La oración contra la espada. El desconsuelo cuando choca con la frialdad de la muerte.

Porque don Manuel cayó a poco de remitir su misiva. De nada sirvieron su valentía y esfuerzos derrochados contra el infiel. Quizás ninguno de los dos bandos recapacitó sobre la lección eterna que Italo Calvino pone en boca de su paladín Turrismundo:

"No hay defensa ni ofensa, nada tiene sentido. La guerra durará hasta el final de los siglos y nadie vencerá o perderá, quedarán parados unos frente a otros para siempre. Y sin los unos los otros no serían nada y ya tanto nosotros como ellos hemos olvidado por qué combatimos...".

No hubo tiempo para lamentos sobre la sinrazón de la guerra. El duque de Béjar se encontró con la horma de su destino en tierras húngaras. Lo recuerda la inscripción, tan cara a los amantes de la nobleza cruzada,

en la lápida que orla su sepultura enmohecida:

"Hic Jacet. Don Manuel de Zúñiga, Duque de Béjar y otros títulos, Caballero del Toison de Oro, Maestre de Campo, Jefe de un tercio de Flandes. Nació en Béjar en 1657. Tan generosa y admirable fue su vida como su heroica muerte, ante los muros de Buda (Hungría), luchando por la Cruz en 1686".

Este arquetipo noble estaba desapareciendo al ritmo que el turco dejaba de presionar sobre Europa. Ni siquiera llegó a intuir que a la vuelta de la esquina secular llamaba el nuevo mundo de la Ilustración

Mientras cando la puerta de este ensayo, entre la lluvia y la hojarasca otoñal que se cuelan por las verjas del camposanto, llega la música del oratorio *Emboscados*. Y canta la voz cristalina de Amancio Prada la cabalgada de la promesa incumplida:

"Llegaron al galope
soldados de un país lejano.
Ellos prometieron volver,
prometieron volver mañana.
¿Cuándo es mañana?
No sé, mi amor.
Nadie sabe".

La misma duda existencial que estremeció a don Manuel. La ausencia de respuestas que experimentan todos los caídos en las mil y una guerras que han empañado la historia de la humanidad: "¿Cuándo es mañana?". Una pregunta sin solución cierta. Quizás sólo nos consuele saber que una mano anónima, cual esperanza de vida, escribió años después en la epístola ducal la máxima de Séneca: "El sabio vence a las estrellas".

"Carta del Excmo. Sr. Duque de Béjar, escrita de su letra a la Excma. Sra. Duquesa su madre, en el campo sobre Buda. Su fecha a siete de julio de este año de 1686"

"Madre, Señora mía: Todos, gracias a Dios, quedamos buenos, y siempre a los pies de Vuestra Excelencia. El sitio de esta plaza se continúa con muy buen suceso. Por el ataque del Duque de Lorena está más abierta la brecha que por el nuestro; pero por éste, que es del de Baviera, estamos ya en la empalizada. Y anoche, aunque con gran mortandad de nuestra

parte, respecto del gran fuego que había, pusimos el minador. Dios quiso, que de más de cuarenta voluntarios que iban conmigo, no hubo ningún muerto, ni herido, sino fue uno del País Bajo, que recibió un mosquetazo en un muslo; pero de los soldados y otros oficiales, quedarían hasta ciento y veinte sobre el campo.

Nuestro buen Marqués de Villena, yéndome buscando entre el ruido de una salida que hicieron los turcos con el alfanje en la mano, se vio empeñado entre ellos y otros granaderos, de suerte que hasta el mismo foso hubo de llegar, y con las pistolas hacerse lugar para desenvolverse de los turcos.

También anoche, al mismo tiempo, hicieron los turcos otra salida por el ataque de las tropas de Brandemburgo: las cuales tropas, al principio de la salida, fingieron desamparar las primeras plazas de armas, para hacer empeñar a los turcos más adentro en sus trincheras, lo cual consiguieron como lo pensaron; pues habiéndose los turcos avanzado a los segundos ramales, saltaron de un golpe sobre ellos, con guadañas, alfanjes y manguales, y les dieron tal zurra que de treientos que formaban las salidas dejaron los ciento sobre la plaza; y el resto, lleno de heridos, tuvo gran dificultad en salvarse.

Espero, que pasado mañana volarán nuestras minas, y que con esto se faciliten las brechas para poder ir al asalto. Dudo mucho que los turcos las aguarden, porque están muy escarmentados de la carnicería que se hizo en Neusel. No obstante, si les viene el socorro, como le aguardan cada día, puede ser que se aventuren a sufrirlas

Los Bajaes de Temisburg, Gran Baradin, y Erla, se han juntado y se vienen a incorporar con cuarenta mil hombres, con que viene marchando el Gran Visir, ya ha siete días, desde Belgrado. Al cual, de estotra parte, a la derecha del Danubio, se le han juntado los Bajaes del Puente de Sex, Alva-real y Cinco Iglesias. Con que en todo se compondrá la armada de los turcos de setenta a ochenta mil hombres. Pero las más es gente poco disciplinada, incapaz de oponerse a las firmísimas corazas del Emperador, ni a las otras tropas de los círculos de Baviera, Sajonia y Brandemburgo. Creo les saldremos a recibir con veinte mil caballos y otros tantos infantes, dejando la resta del Ejército en la prosecución del sitio, con gran confianza en Dios, que los batiremos como manadas de lobos.

Mi marqués está muy bueno. Sufre sin ninguna novedad las fatigas de la guerra. Yo procuro tener con él todo el cuidado que me es posible, haciendo, siempre que entramos en combate, o escaramuza, o salida, vayan junto a él cuatro o seis gentileshombres de mi satisfacción, con orden de que no se le aparten un paso, ni me acudan a mí, aunque me vean empeñado; porque no falte quien le sostenga, en caso de verse atacado por diversas partes.

Aquí, por la misericordia de Dios, se mantienen bien los Honores de nuestra Nación, con reparo de todas las otras, viéndonos a los Españoles en todas las ocasiones, primero a las manos con los turcos, en las embestidas que hacen sus granaderos avanzados. De suerte que dicen los generales alemanes y los soldados en todas partes, que los franceses aventureros han venido a lucir sus equipajes y trenes; pero que los aventureros españoles han venido a mostrar sus personas y a lucir su bravura.

Esto se confirmó más ayer, que viniendo a decir un general de batalla (que se llama Rumble) al Conde Serin, que es el general de todas las tropas de Baviera, que tres capitanes con ciento y cincuenta soldados se habían huido de las labores avanzadas en que estaban apostados, de miedo de que les habían muerto cuarenta hombres en un cuarto de hora. Yo le permití al Conde Serin para mantener aquel puesto y cubrir los trabajadores con cosa de cuarenta o cincuenta voluntarios, españoles e italianos. El general y todos hicieron grandes espantos y alabanzas de esta resolución, y no quiso venir en ella. No obstante, me aparté de él y me avancé al puesto, que era tan cerca de la empalizada que nos podíamos dar las manos los turcos que estaban en ella y nosotros. Y de esta manera, echados sobre el vientre, estuvimos, así ellos como nosotros toda la noche; como los perros cuando riñen, que se agachan al suelo para saltar al cuello, cuando ven su tiempo.

En esta forma, peleando con granadas y con pistolas, estuvimos cubriendo los que trabajaban diez pasos detrás de nosotros, hasta que vino el día, que nos metimos en la trinchera que habían ya acabado.

Esta acción ha sido notablemente aplaudida en todo el campo, por lo atrevida y peligrosa que es, y por haber ocurrido a tapar el miedo de aquellos que faltaron a su obligación. Habiéndose ejecutado con tanta dicha, que de los voluntarios no hubo más que un italiano herido; y de los granaderos, que serian sesenta, catorce; pero mí sombrero y justador están pasados por siete partes. Yo espero en Dios, que nos ha de sacar con bien de todo, y que nos ha de llevar a los ojos de Vuestra Excelencia muy llenos de alegría y de victoria.

Esta carta sirva para todos los que quisieren saber nuevas mías; porque bien ve Vuestra Excelencia que no he tenido tiempo, ni estar descansado para hacer una relación particular a cada uno.

Suplico a Vuestra Excelencia se envíe orden a todos mis conventos y patronatos para que nos encomienden a Dios. Y Vuestra Excelencia se sirva de mandar se cante una misa a nuestra Señora del Carmen por mi intención. Dios guarde a Vuestra Excelencia. Del campo sobre Buda y julio siete de 1686".

Béjar, cementerio de San Miguel, in illo tempore.

Fuentes:

- (1) Biblioteca Nacional de Madrid, sección de *Manuscritos*, sig. R/31.473(10), fols. 154-157v, "Copia (impresa) de la Carta del Excmo. Sr. Duque de Béjar, escrita de su letra a la Excma. Sra. Duquesa su madre, en el campo sobre Buda. Su fecha a siete de julio de este año de 1686". El texto se halla anejo a la *Relación verdadera y compendio historial, en que se comprehenden todos los sucesos de la Guerra que los Turcos han hecho contra la Cristiandad...*, que conoce varias impresiones corregidas y aumentadas, así como a otros relatos de hechos de armas de la segunda mitad del XVII.
- (2) En Pedro GARCÍA MARTÍN: *Historia visual de las Cruzadas modernas. De la Jerusalén liberada a la guerra global*. Prólogos de Carlos Martínez Shaw, José María Ridaó, Soha Abboud-Hagggar y Jacobo Israel Garzón. Colección "Papeles del tiempo" nº 18. Madrid, A. Machado Libros, 2010.



Lápida conmemorativa en Budapest.

APÉNDICE

Presentamos el texto del documento actualizado y versificado al estilo del Archivo de la Frontera, para su mejor comprensión y disfrute.

*Carta del Excmo. Sr. Duque de Béjar, escrita de su letra
a la Excelentísima Señora Duquesa su madre,
en el campo sobre Buda.
Su fecha a siete de julio de este año de 1686*

Madre, Señora mía:

Todos, gracias a Dios, quedamos buenos,
y siempre a los pies de Vuestra Excelencia.

El cerco de Buda en la noche del 6 de julio

El sitio de esta plaza se continúa con muy buen suceso.
Por el ataque del Duque de Lorena
está más abierta la brecha que por el nuestro; pero por éste,
que es del de Baviera, estamos ya en la empalizada.
Y anoche, aunque con gran mortandad de nuestra parte,
respecto del gran fuego que había, pusimos el minador.
Dios quiso, que de más de cuarenta voluntarios que iban conmigo,
no hubo ningún muerto, ni herido, si no fue uno del País Bajo
que recibió un mosquetazo en un muslo;
pero de los soldados y otros oficiales,
quedarían hasta ciento y veinte sobre el campo.

*El marqués de Villena, alfanje en mano,
frente a los turcos en el foso*

Nuestro buen Marqués de Villena, yéndome buscando
entre el ruido de una salida que hicieron los turcos
con el alfanje en la mano,
se vio empeñado entre ellos y otros granaderos,
de suerte que hasta el mismo foso hubo de llegar,
y con las pistolas hacerse lugar para desenvolverse de los turcos.

Acción de las tropas de Brandenburgo

También anoche, al mismo tiempo, hicieron los turcos otra salida por el ataque de las tropas de Brandemburgo: las cuales tropas, al principio de la salida, fingieron desamparar las primeras plazas de armas, para hacer empeñar a los turcos más adentro en sus trincheras, lo cual consiguieron como lo pensaron. Pues habiéndose los turcos avanzado a los segundos ramales, saltaron de un golpe sobre ellos, con guadañas, alfanjes y manguales, y les dieron tal zorra que de treientos que formaban las salidas dejaron los ciento sobre la plaza; y el resto, lleno de heridos, tuvo gran dificultad en salvarse.

Expectativas para los días siguientes

Espero que pasado mañana volarán nuestras minas, y que con esto se faciliten las brechas para poder ir al asalto. Dudo mucho que los turcos las aguarden, porque están muy escarmentados de la carnicería que se hizo en Neusel. No obstante, si les viene el socorro, como le aguardan cada día, puede ser que se aventuren a sufrirlas

El Gran Visir viene desde Belgrado con unos setenta u ochenta mil hombres

Los Bajaes de Temisburg, Gran Baradin y Erla se han juntado y se vienen a incorporar con cuarenta mil hombres, con que viene marchando el Gran Visir, ya ha siete días, desde Belgrado. Al cual, de esta otra parte, a la derecha del Danubio, se le han juntado los Bajaes del Puente de Sex, Alva-real y Cinco Iglesias. Con que en todo se compondrá la armada de los turcos de setenta a ochenta mil hombres.

Pero las más es gente poco disciplinada, incapaz de oponerse a las firmísimas corazas del Emperador, ni a las otras tropas de los círculos de Baviera, Sajonia y Brandemburgo. Creo les saldremos a recibir con veinte mil caballos y otros tantos infantes, dejando la resta del Ejército en la prosecución del sitio, con gran confianza en Dios, que los batiremos como manadas de lobos.

El marqués de Villena, su superior en el mando

Mi marqués está muy bueno.
Sufre sin ninguna novedad las fatigas de la guerra.
Yo procuro tener con él todo el cuidado que me es posible, haciendo, siempre que entramos en combate, o escaramuza, o salida, vayan junto a él cuatro o seis gentileshombres de mi satisfacción, con orden de que no se le aparten un paso, ni me acudan a mí, aunque me vean empeñado; porque no falte quien le sostenga, en caso de verse atacado por diversas partes.

Buena valoración de los españoles frente a los franceses

Aquí, por la misericordia de Dios, se mantienen bien los Honores de nuestra Nación, con reparo de todas las otras, viéndonos a los Españoles en todas las ocasiones, primero a las manos con los turcos, en las embestidas que hacen sus granaderos avanzados. De suerte que dicen los generales alemanes y los soldados en todas partes, que los franceses aventureros han venido a lucir sus equipajes y trenes; pero que los aventureros españoles han venido a mostrar sus personas y a lucir su bravura.

Echados sobre el vientre toda la noche: una acción heroica

Esto se confirmó más ayer; que viniendo a decir un general de batalla (que se llama Rumble) al Conde Serin, que es el general de todas las tropas de Baviera, que *tres capitanes con ciento y cincuenta soldados se habían huido de las labores avanzadas en que estaban apostados, de miedo de que les habían muerto cuarenta hombres en un cuarto de hora,* yo le permití al Conde Serin para mantener aquel puesto y cubrir los trabajadores con cosa de cuarenta o cincuenta voluntarios, españoles e italianos.

El general y todos hicieron grandes espantos y alabanzas de esta resolución, y no quiso venir en ella. No obstante, me aparté de él y me avancé al puesto, que era tan cerca de la empalizada que nos podíamos dar las manos los turcos que estaban en ella y nosotros. Y de esta manera,

echados sobre el vientre, estuvimos, así ellos como nosotros
toda la noche; como los perros cuando riñen,
que se agachan al suelo para saltar al cuello, cuando ven su tiempo.

En esta forma, peleando con granadas y con pistolas,
estuvimos cubriendo los que trabajaban diez pasos detrás de nosotros,
hasta que vino el día,
que nos metimos en la trinchera que habían ya acabado.

Esta acción ha sido notablemente aplaudida en todo el campo,
por lo atrevida y peligrosa que es, y por haber ocurrido
a tapan el miedo de aquellos que faltaron a su obligación.
Habiéndose ejecutado con tanta dicha, que de los voluntarios
no hubo más que un italiano herido; y de los granaderos,
que serían sesenta, catorce. Pero mi sombrero y justador
están pasados por siete partes. Yo espero en Dios,
que nos ha de sacar con bien de todo,
y que nos ha de llevar a los ojos de Vuestra Excelencia
muy llenos de alegría y de victoria.

Despedidas y data

Esta carta sirva para todos los que quisieren saber nuevas mías;
porque bien ve Vuestra Excelencia que no he tenido tiempo,
ni estar descansado para hacer una relación particular a cada uno.

Suplico a Vuestra Excelencia se envíe orden
a todos mis conventos y patronatos para que nos encomienden a Dios.

Y Vuestra Excelencia se sirva de mandar se cante una misa
a nuestra Señora del Carmen por mi intención.

Dios guarde a Vuestra Excelencia.

Del campo sobre Buda y julio siete de 1686.

FIN